



# Doña Pepita Semitiel (1910-2005) o la fe en la educación

Francisca Moya del Baño  
UNIVERSIDAD DE MURCIA

Conocí a doña Pepita Semitiel en el curso 1956-1957; comenzaba yo en su Colegio cuarto de Bachillerato. Existía entonces un Bachillerato Elemental, que constaba de cuatro cursos e iba seguido de una Reválida, y un Bachillerato Superior, de dos cursos (quinto y sexto), también seguido de otra Reválida. Mis tres primeros cursos los hice en el Colegio de la Divina Pastora, colegio que dejé con bastante pena, aunque nunca lo abandoné, como han sabido mis monjas, mis compañeras y, sobre todo, yo; el amor es expansivo y podemos compartirlo. Si provechosa y feliz fue mi etapa en el Colegio de las Monjas, igual iba a ser mi nueva etapa. Es más, cambió el camino que pensaba recorrer. La responsable fue doña Pepita, pues, después de conocerla, quise dedicarme a aquello que ella me descubrió, enseñó y me hizo amar. De ella quiero hablar hoy.



Era doña Pepita una mujer de una gran personalidad, una mujer seria, fuerte, exigente, a la que era imposible no tenerle respeto y admiración, una mujer entregada en cuerpo y alma a sus alumnas, pero cuyos pasos, nada más escuchados de lejos, nos hacían callar y sentarnos en las sillas “más derechas que una vela”. ¡Venía doña Pepita! Unos zapatos, siempre modernos, relucientes, de cordones, que hacían que sonasen sus pisadas fuertes, seguras; parecían heraldos que la anunciaban. Tenía mucho carácter.

En el Colegio se aunaban siempre el respeto y la cordialidad. Junto a la disciplina y el orden que doña Pepita nos inculcaba estaba el reconocimiento del trabajo de sus alumnas; ella nos estimulaba, nos felicitaba, siempre oportuna. Sabía bien cómo debe actuar un verdadero maestro. La recuerdo vestida, por lo general, de falda, camisa y una rebeca abrochada hasta casi el cuello. Era austera, pero elegante. Tenía vocación, además de una muy

buena formación. Era una persona inteligentísima, que decidió dedicar sus talentos a su pueblo, una pionera que sabía que en la educación residía el motor del cambio y del progreso material y espiritual de un pueblo. Y, como mujer, sabía que la pieza clave para lograr el progreso deseado eran las mujeres.

Doña Pepita se examinó<sup>1</sup> de Ingreso de Bachiller cuando tenía casi catorce años (nació el 27 de julio de 1910); fue el 24 de junio de 1924 en el Instituto de Enseñanza Media de Murcia, y en él cursó sus estudios, consiguiendo “Sobresaliente con Premio”, es decir Matrícula de Honor, en, prácticamente, todas las asignaturas, desde luego en *Lengua latina*. Acabó, no obstante, el Bachillerato el curso 1926-1927 en Granada; allí se trasladó. En Granada estudió *la Licenciatura de Filosofía y Letras* (“Sección Letras”), obteniendo el Grado de

(1) Tomo los datos del Archivo General Región de Murcia (Exped. Acad. Bachillerato (1848-1979) IAX 378/1, nº 3291), Archivo Universitario de Granada (Exped. Bachiller de J. Semitiel, 1928: ES AUG CAJA 02210/114; Exped. Acad. de J. Semitiel, Fac. Filosofía y Letras, 1928-1935: ES AUG CAJA 02198/052; y Exped. de Grado de Licenciada de J. Semitiel, 1934-1935: ES AUG CAJA 02136/135), y Ramallo Ortiz, J.A., Catálogo de profesores de la Universidad de Granada (1845-1935), Granada, 1976. pp. 91-93.



Licenciado en Letras en 1935<sup>2</sup>. La formación que se ofrecía entonces, de acuerdo con el Plan de estudios, era extraordinaria. Los alumnos estudiaban Lengua y literatura griega, Lengua y literatura latina, Lengua hebrea, Lengua árabe, Paleografía, Bibliografía, Arqueología, Numismática y Epigrafía, además de Lógica fundamental, Historia de España, Historia de la Literatura y de las Artes, Literaturas Modernas, etc. Como ocurría en su Bachillerato, su expediente está repleto de Sobresalientes con Premio. Doña Pepita estaba preparada para muchas cosas. Entre sus maestros destacaría yo a dos insignes y muy sabias personalidades, Don Mariano Bassols de Climent, gran latinista, y Don Emilio García Gómez, el gran arabista; ambos debieron de ejercer una gran influencia sobre la extraordinaria alumna que era Pepita Semitiel. De todo sabía: todo le interesaba.

Tras acabar la carrera, doña Pepita dio clases en el Colegio “Calderón” de Granada, sito en la calle Recogidas, y del que eran titulares las Hijas de la Caridad de san Vicente de Paul; en su Residencia había vivido durante sus años de estudiante. No es nada extraño que, conociéndola como la conocían, las monjas quisieran que fuese profesora de su Colegio. Estaba preparada y su espíritu de trabajo era extraordinario. Se encargó nada más y nada menos que de las asignaturas de Latín, Griego, Lengua y Literatura, Alemán y Geografía. Hay constancia de que en el curso 1939-1940 (fue un curso en el que se recuperaban los años perdidos, también en la enseñanza) examinaba de Geografía, o de que en el curso 1945-1946 impartía las asignaturas que hemos citado<sup>2</sup>. En Granada permaneció dando clase en ese Colegio hasta que decidió volver a Cieza. Debía ofrecer sus talentos, que eran muchos, a su pueblo, dedicándose a enseñar, a formar, pero, sobre todo, a educar, y a educar de modo prioritario a las mujeres. En su mente las ideas pasarían rápidas, empujando unas a otras, sin parar. Tenía cuarenta y pocos años. Imaginaba realizado su sueño.

En los comienzos de los años cincuenta del siglo pasado apenas había Institutos de Enseñanza Media en nuestra Región. Había pocos en España. En Cieza, desde luego, no había. Quienes podían pagar los estudios de sus hijos los enviaban a internados, a Murcia, Madrid, o fuera, incluso, de España. Los pocos que estudiaban lo hacían en Colegios de la Iglesia, Academias o con profesores particulares; ¡cuántos Maestros de Escuela y

cuántos Sacerdotes jugaron un papel decisivo en la enseñanza de nuestros jóvenes!

Los alumnos tenían que ir a examinarse a Murcia, de correo a correo, es decir, había que subir al tren que pasaba por Cieza con destino a Murcia y Cartagena, a las 6 de la mañana, y regresar en el que paraba a las 12 de la noche en nuestra estación de ferrocarril para continuar su lento camino a Madrid. En un solo día, y después de un madrugón como el que había que soportar tras no haber apenas “pegado ojo” durante la noche, había que examinarse de todas las asignaturas. Como se podrá imaginar, no había en toda Cieza ni media docena de chicas que se examinaran de un curso de Bachillerato. Ciertamente los chicos eran más y, en mi época de estudiante al menos, ya gozaban de algunos privilegios.

Cieza, afortunadamente, gracias al tesón de muchos, ya había conseguido un Centro de Enseñanza Secundaria, el Colegio “Isabel la Católica”, solo para chicos (el noble edificio, bellissimo, está, lamentablemente, casi en ruinas en la actualidad). Era un Colegio “reconocido” por el Ministerio; estaba adscrito al Instituto *Alfonso X* de Murcia. Los alumnos estudiaban y se examinaban en Cieza. Fue un excelente Centro de Enseñanza, con un magnífico cuadro de profesores, del que también formó parte Doña Pepita.

Y regreso a lo anterior. Doña Pepita pensó –quizá lo venía pensando desde hacía mucho tiempo– en un Colegio de chicas, un Colegio reconocido como el “Isabel la Católica”. A doña Pepita le dolía la injusticia; no era aceptable esa discriminación. Quería, además, que las mujeres fueran a la Universidad. Tenía que estimularlas y ese Colegio con el que soñaba lo conseguiría. Defendía la igualdad porque creía en las mujeres; sabía del inmenso potencial que tienen; y se puso manos a la obra.

Crear un Colegio no es nada fácil. Doña Pepita quería abrir un nuevo Centro de Enseñanza Media, es decir, un Colegio que era, prácticamente, como un Instituto; la función era idéntica y la exigencia también. Para conseguirlo se necesitaba cumplir todos los requisitos exigidos por el Ministerio de Educación, que era el que daba el permiso. La burocracia ha sido siempre uno de nuestros “puntos fuertes”, dicho sea con ironía, y no debió

(2) Cf. M. Caballero González, “Cieza en femenino. Rescatando vidas de mujeres” en R. Montes Bernárdez – J. Sánchez Conesa (coordinadores), *La Mujer a los largo de la historia de la Región de Murcia*, Asociación Cronistas Oficiales de la Región de Murcia, 2018, pp. 64-65.



de hacer pocas gestiones ni presentar pocos papeles para lograr el permiso que necesitaba su Colegio, al que puso el nombre de “Nuestra Señora del Sagrado Corazón”. Y no es necesario recordar que todas las Instancias oficiales estaban dirigidas por hombres, que se extrañarían y hasta verían, quizá, con no buenos ojos que una mujer tuviese la osadía de abordar esta empresa. No había entonces apenas mujeres con carreras universitarias, pero mucho menos mujeres emprendedoras. Fue una auténtica pionera.

Digo que no había apenas mujeres con carreras superiores y es verdad; tampoco demasiadas maestras, pero antes de la guerra civil hubo en Cieza mujeres universitarias, quizá en mayor número que en otros lugares de España. Fueron pioneras y algunas alcanzaron por su contribución a la ciencia reconocimientos importantísimos; eran de la clase alta<sup>3</sup>. Creo que hasta los años cincuenta o, casi mejor, hasta los sesenta, no se abrió la puerta a la clase media y baja, y mucho menos a las mujeres. Doña Pepita fue decisiva.

Era una mujer, como he recordado, de cuarenta y pocos años y tenía que “lidiar” en un mundo de hombres, y con muchas dificultades. Lo hizo y muy bien. Su enorme inteligencia y su gran sentido común le hicieron ver la realidad y supo no solo atreverse sin temer los obstáculos, sino también rodearse de un equipo de personas de gran valía, hombres y mujeres. Ella dirigía. El curso 1952-1953 abrió las puertas de su Colegio a siete alumnas; los profesores duplicaban el número. Parecía una inversión ruinosa. Su ilusión parecía superar los obstáculos, que los tuvo, pero no debió de estar todo tan claro, y se le presentó la prueba.

En agosto de 1953 se convocaron plazas para el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Animada, sin duda, por personas que la conocían y, sobre todo, por sus maestros, decidió firmarlas; estaba preparada; había tenido Matrícula de Honor en todas las materias. El 1 de diciembre su nombre aparecía en el B.O.E.<sup>4</sup> Era un Cuerpo de una categoría y prestigio extraordinarios. Se examinó y aprobó el primer ejercicio; su calificación la situaba en el segundo lugar de la lista. No hay duda de que iba a aprobar

las oposiciones, pero no se presentó al segundo ejercicio. Podemos imaginar su lucha interior. Finalmente, eligió su Colegio; era lo que tenía que hacer. Su misión –debió de comprender– estaba en Cieza; no solo iba a beneficiar a las mujeres ciezas; tenía en su corazón a las del Valle de Ricote.

Había adaptado su casa de la calle de Mesones –casa, evidentemente, grande– a un Colegio con salas de estudio, clases, pupitres, mapas, material de geografía, química, etc., etc. No tenía, ciertamente, grandes instalaciones, pero había un profesorado de lujo. Siempre procuró tener los mejores profesores, y los tuvo y los cuidó de modo especial. Exigencia, responsabilidad, trabajo bien hecho eran sus requisitos para todo, pero, a la vez, lograba un clima de calidez familiar que las alumnas podíamos notar. Tuvimos mucha suerte. Respeto y calidez fueron palabras clave en el Colegio.

Las clases eran muy buenas, aprendíamos mucho en todas. Había pocas alumnas por curso; por eso nos sentábamos, por lo general, alrededor de una mesa o en círculo. No sé si doña Pepita era consciente de que se estaba adelantando en el tiempo a lo que es una educación activa o interactiva, pero así era. El Colegio era un lugar maravilloso porque las alumnas se encontraban en familia. Para subir a las clases había que pasar por una puerta de una salita en la que solía estar la madre de nuestra Directora, doña Pepita. Solíamos saludarla, si la veíamos, e, incluso, entrábamos a verla a la salida del Colegio y nos daba caramelos. Eso hacía grupo, hacía familia, era hermoso y muy bueno para las alumnas. En el Colegio nos sentíamos felices, queridas, muy a gusto; el clima familiar beneficiaba nuestro rendimiento académico.

Pero eso tan importante no se valoraba. Y tuvo problemas. Los responsables del control de cualquier institución tienen que inspeccionar y hacer sus informes de las empresas o centros que tienen asignados, de acuerdo con unos “estándares”, como se dice ahora. Los Centros educativos también se sometían a tales inspecciones. En esas revisiones hay aspectos que no son valorados; no es fácil valorar el “alma” de una institución.; no hay

(3) La nómina de mujeres ciezas es muy alta, y sus méritos excelentes y ya reconocidos, aunque hay que darles mayor visibilidad. Fueron pioneras no en Cieza, sino en España. Cf. M. Caballero González, “Mujeres relevantes de Cieza a lo largo de la historia”, en [ciezaeduca.blogspot.com](http://ciezaeduca.blogspot.com), o J.M. Sáez et alii, *Diccionario Biográfico y Bibliográfico de la Ciencia y la Medicina en la Región de Murcia*, Murcia, Editum, 2016.

(4) Cf. <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1953/335/A07110-07110.pdf>.



PALOMAS y MARIPOSAS

Colegios reconocidos de Enseñanza Media  
 “ISABEL LA CATÓLICA” (masculino) y  
 “NTRA. SRA. del SAGRADO CORAZÓN”  
 (femenino) dirigidos por la Licenciada  
 Srta. Semitiel.

casilla en donde reflejarlo. Al Colegio le faltaban, sí, otras cosas, pero mucho menos importantes; sin embargo, el Ministerio<sup>5</sup> las exigía para que se pudiese mantener abierto. Doña Pepita defendió a su Colegio y consiguió de nuevo la aprobación ministerial. Era una mujer valiente, convencida de la importancia de su noble empresa. Actuando, daba ejemplo. Nunca le faltaron problemas, mas nunca le faltaron las fuerzas.

Aprendíamos valores, con la palabra y el ejemplo, en especial, el respeto y la solidaridad; lo llamábamos, sobre todo, compañerismo; doña Pepita nos enseñaba que nadie es superior a otro, y que a nadie hay que despreciar, es decir, que todos somos iguales. Recuerdo que, para advertirnos de algunos peligros, ponía ejemplos de actitudes inaceptables, como la de algunos jóvenes que se consideraban superiores a sus padres por saber más que ellos, y que los despreciaban, sin darse cuenta de que gracias al esfuerzo de sus padres ellos podían estudiar. Ella insistía sabiamente. Educaba. Era una mujer y se ponía al lado de las mujeres.

Era creyente, pero nada “mojigata”. Nos abría la mente. Era muy culta, amaba la música, la pintura, la literatura, y contagiaba ese amor, pero, de modo especial, nos contagió su amor al trabajo, al esfuerzo, que suele tener una feliz recompensa. No salíamos del Colegio cuando las clases habían terminado, a pesar de que íbamos por la mañana y por la tarde. Nos quedábamos allí para estudiar. Teníamos “Estudio”, actividad tan seria como la clase más importante. A las ocho de la tarde –creo que esa era la hora– nos íbamos a casa con todo sabido, y nos podíamos permitir el lujo de dar algunas vueltas por el Paseo.

El Colegio tenía un altísimo nivel, pero lo más importante es que las alumnas veíamos un ejemplo de mujer inteligente, independiente, directora y dueña de un Colegio –una empresa especial– en el que trabajaban hombres, diríamos,

“a sus órdenes”. No era habitual en ese momento, pero no nos extrañábamos. Lo veíamos normal. En eso también nos dio ejemplo.

Hubo también algo que me gustaría comentar. Doña Pepita –ya lo he recordado– no solo daba clase y era Directora de su Colegio, sino que también daba clase en el “Isabel la Católica”, lo que hizo posible que, en algunas ocasiones, fuéramos al Colegio de los chicos a alguna actividad o compartiésemos con ellos algunas clases. Eso era una gran novedad digna de mención, pues la enseñanza en España solamente era mixta en la Universidad. Así pues, las alumnas del Colegio de doña Pepita (las de Bachillerato Superior) podíamos tener compañeros de clase. No nos parecía nada extraño. Para nosotras era normal y, desde luego, enriquecedor.

A lo largo de estas páginas, según me venían a la cabeza y al corazón pensamientos y sentimientos, he ido escribiendo sobre doña Pepita Semitiel, una mujer fundamental en Cieza. En los años que permaneció abierto su Colegio, muchas alumnas, muchas mujeres vivimos, sin saberlo, la igualdad, y aprendimos disciplina y supimos que el orden y la buena organización eran herramientas (así se dice ahora) fundamentales para lograr lo que se quiere; vivimos el valor del esfuerzo y supimos que podíamos estudiar una carrera universitaria. Esto último lo entendían menos los padres.

Los padres de entonces, todos, querían, como mucho, que sus hijas fueran maestras (por supuesto, el más noble oficio que pueda haber); sin embargo, se resistían a que fuesen a la Universidad. Había, pues, que conseguir que permitiesen que las que querían y podían estudiar en la Universidad. Esa tarea correspondía a doña Pepita, que lograba vencer la resistencia de los padres. Muchas alumnas tuyas son mujeres que, como de ella aprendieron, dirigen Equipos, Departamentos, Proyectos de investigación, mujeres que son Catedráticas de

(5) Cf. <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE/1956/210/A04962-04962.pdf>.



Química, Medicina, Empresariales, Psicología, etc. Un profundo cambio tuvo lugar en Cieza y su Comarca gracias al Colegio de Doña Pepita Semitiel.

Toca ahora hablar de sus clases de Latín. Comenzábamos con esta asignatura a los 11 años, en segundo de Bachiller, y con ella seguíamos hasta cuarto. ¡Tres años de Latín en el Bachillerato Elemental! Todas las alumnas de doña Pepita tuvimos la suerte de que ella nos descubriera la belleza de la lengua latina, el orden que rige sus períodos e ilumina los contenidos. Todas sus alumnas aprendimos latín, sabíamos latín. Lo explicaba de tal manera que todo era claridad. No podía ser de otro modo. Nos daba, previamente, los instrumentos necesarios para “arrancar” al texto sus secretos. Un texto en latín nos hace pensar; hay que poner en relación todos los términos de la frase; intentamos descubrir qué dice, y probamos, pero, a veces, sentimos el fracaso. Somos conscientes de que algo ha fallado, que hemos fallado, pero no hay que rendirse; no se puede abandonar. Hay que empezar de nuevo y mirar desde otra óptica, preguntar al texto de otra manera, mirar y mirarlo sin dejar de pensar en soluciones posibles. Y, por fin, se hace la luz, y todo, como en un puzzle, encaja. Ha merecido la pena el esfuerzo; qué claro y fácil lo vemos. Nos invade el gozo, un gozo distinto y muy profundo. Hemos logrado arrancarle al texto su secreto, como en un juego, en un diálogo en el que las neuronas se activan. Esto es el latín. Hermosos textos adecuadamente escritos, en los que cada palabra tiene un mensaje lleno de sabiduría. Digo “cada palabra” porque así es. Disfrutábamos en las clases de latín de doña Pepita. Trabajábamos mucho en clase, pero nos dejaba enamoradas de esa lengua que nos transmite la belleza y sabiduría de los griegos, y que está en el origen de la nuestra y de tantas otras.

Todas sus alumnas sabíamos latín. Yo quise dedicarme al latín. Y, doy gracias, lo conseguí. La enseñanza y el ejemplo de doña Pepita lo hicieron posible, sin olvidar ni un solo nombre de personas, muchas mujeres, que siguieron ayudándome; pero hoy quería hablar de doña Pepita Semitiel Zamorano.

Con ella mantuve contacto hasta que falleció, el 21 de mayo de 2005, un contacto siempre enriquecedor. Disfruté de sus consejos, de sus enseñanzas, de su conversación, incluso de reuniones con amigos en su casa, reuniones de alto nivel intelectual a las que asistía con los ojos llenos de admiración; un gran cariño nos unía. Fue un regalo del cielo para mí.

He hablado de cuánto nos enseñó con su ejemplo y de cuánto bien nos hizo como mujeres. Ella tenía fe en la educación, en una educación integral; por eso quiso liderar un Colegio moderno, que formase mujeres conscientes de su dignidad, autosuficientes, libres, mujeres que se respetaban y exigían respeto, mujeres que sabían de sus derechos, aunque lo dijéramos de otro modo, que se sentían iguales, porque lo somos. Mas, no se limitó a sus alumnas. Con hechos dio ejemplo dedicando su tiempo también a otras personas. Su fe en la educación iba unida a la solidaridad, y decidió enseñar a mujeres y hombres que no sabían leer. En sus clases de alfabetización, sin que ellos se dieran cuenta, los educaba en valores, en esos valores que el ser humano necesita para mantener su dignidad, sea cual sea su condición social, pues todos somos iguales. No es fácil hacerlo realidad, pero hay que intentarlo. Y en ello doña Pepita ponía su empeño y su fe.

Esta mujer pionera, de mirada profunda, también pensó en sus antiguas alumnas, o en mujeres como ellas; habían crecido y tenían otras necesidades. Trabajaban y eran madres; podrían compaginar ambas condiciones si disponían de un lugar que supliese su ausencia durante unas horas; pensó en una Guardería y llevó a cabo su idea. Como homenaje a doña Pepita, años después pusieron su nombre a la de Los Albares.

Menciono Los Albares y me viene una idea a la cabeza. Sería oportuno y justo que el Instituto –magnífico Instituto– que está al lado de la Guardería, uniese el nombre de Doña Pepita Semitiel al de Los Albares. Se reconocería así a una de las personas que más ha hecho por la formación y educación de los jóvenes de Cieza, y de modo especial de las mujeres, a las que quiso y consiguió poner en el lugar que les corresponde, dejando de manifiesto con hechos evidentes que todos tenemos los mismos derechos. Cieza se puede enorgullecer de una mujer pionera que se ha dedicado a la educación toda su vida. Yo me enorgullezco de ser su alumna, de que sea mi maestra.

El Colegio “Nuestra Señora del Sagrado Corazón”, el Colegio de doña Pepita Semitiel, cerró sus puertas en el curso 1971–1972. Ya tenía Cieza, afortunadamente, un Instituto, el *Diego Tortosa*. Pero, gracias a la fe que tenía doña Pepita Semitiel en la educación y en las mujeres, y gracias a su esfuerzo y buen hacer, los veinte años de enseñanza de su Colegio fueron fundamentales para la sociedad ciezana y dejaron una huella profunda.